

MEMORIA DE TERAPEUTAS A 50 AÑOS DEL GOLPE CÍVICO MILITAR EN CHILE

En el contexto de la conmemoración de los 50 años del golpe cívico militar en Chile ocurrido el 11 de septiembre de 1973, que de acuerdo a las distintas Comisiones de Verdad y Justicia significó un total de 40 mil 175 personas, solamente como víctimas calificadas oficiales incluyendo ejecutados políticos, detenidos desaparecidos y víctimas de prisión política y tortura¹, como un aporte a la recuperación de la memoria y a la reparación de la dignidad de las víctimas, el Instituto Humaniza Santiago y la Revista Clínica y Psicosocial Vincularte ha convocado a terapeutas, psicólogos y psiquiatras, a entregar sus testimonios respecto a la siguiente pregunta:

¿Qué pasó en tu vida a partir del 11 de septiembre de 1973 y cómo impactó en tu vida profesional?

Ps. Liliana Carabantes Castillo

Dejar un testimonio personal, se siembra en el deseo de dejar un registro de la experiencia vivida, para no olvidar experiencias que han sido parte de la historia de nuestro país y de nuestra identidad, aunque aún algunos lo pongan en duda o deseen que éstas sean borradas. En mi caso personal, puedo compartir situaciones que ningún niño merece atravesar y con ello, señalar que los hechos sucedidos después del golpe de estado de 1973 en Chile, dejaron una huella en cientos de personas incluso en mi propia vida, al perder a mi padre, estar detenida en un regimiento a unos tempranos dos años de edad y ser separada de mi madre, por un lapso de tiempo que hoy, con el conocimiento de mi profesión, puedo reconocer como el trauma más doloroso que pueda vivir un niño o niña. Es por ello, que al haber logrado sobrevivir y estar en el momento presente conlleva para mí en lo personal, la responsabilidad de ser un testimonio vivo, de reconciliarse con su propia historia y humanizar esas vivencias para poder hacerse cargo del dolor de otros, de ayudar a sanar y reconstruir aquello que parece irreparable.

Desde mi formación como terapeuta de trauma complejo y de psicoterapia infantil, es que dejo mi testimonio como parte de la memoria colectiva, para invitar a la reflexión y a la integración de las subjetividades heridas, en una realidad intersubjetiva que sea más sana y humana.

¹ Dato extraído del Programa de Derechos Humanos, Ministerio de Justicia de Chile, el día 3 de julio de 2023, en el siguiente link:

<https://pdh.minjusticia.gob.cl/memoria/#:~:text=De%20acuerdo%20a%20las%20distintas,de%20prisión%20pol%C3%ADtica%20y%20tortura.>

Ps. Patricia Bravo Millas

Eran tiempos convulsionados, sin embargo, nadie pensaba en una tragedia como la vivida. A nuestra familia, típica de clase media, donde el padre era quien ejercía como jefe de hogar y tomaba la gran mayoría de las decisiones, el golpe de estado provocó un desajuste, caos e inseguridad tremenda. Éramos 5 hermanos, entre un año y medio y 17 años. Con una madre que, si bien entendía lo que estaba pasando, no estaba acostumbrada a tomar decisiones y menos aún a enfrentar una situación como la que estábamos viviendo. Mi padre buscado, la casa allanada, más tarde nuestro padre asilado y preparándonos para dejar Chile. Todo ese proceso duró 6 meses, la salida a Italia para nosotros era como recuperar la vida familiar y una vuelta a la normalidad. Nada de eso fue... El exilio, sumado a la crisis arrastrada por el dolor, las ausencias, el miedo etc. produjo en nuestra familia un quiebre muy importante y la disgregación de todo el grupo familiar. Afortunadamente, con el retorno en el año 1985 comenzó un lento proceso de reparación, reunificación y encuentro. Claramente y con toda la convicción del mundo, puedo decir que el golpe de estado nos partió la vida por la mitad, y no ha sido fácil aun cuando han pasado tantos años, recomponerla, especialmente porque creo que como país no hemos hablado de los dolores, ha sido tan duro lo vivido, que nos hemos ido quedando en silencio. Y eso es grave y peligroso porque, ¡podríamos volver a repetir la misma experiencia!

Desde mi experiencia personal y familiar puedo decir que me llevó a ver la importancia de la familia como sostenedora y garante del sostén familiar. Ha sido durante mi vida lo que me llevó a buscar desesperadamente herramientas que permitieran ayudar a ello. La Psicología, la terapia familiar, me han permitido no perderla nunca de vista, aún cuando no sea ese el motivo de consulta.

Testimonio anónimo

Mi abuelo paterno era militante del partido comunista. Falleció en el 72, pero después del golpe mi papá y su familia sintieron miedo de ser perseguidos por la ideología de mi abuelo, por lo que decidieron quemar todos sus libros y documentos. Aunque no tuvieron problemas por esta situación, mi papá sí fue detenido en un toque de queda y torturado junto a unos amigos. En mi infancia, recuerdo haberlo escuchado contar su testimonio de una forma muy desconectada, incluso muy incoherente ideo-afectivamente (riéndose, burlándose de las torturas recibidas). No obstante, hace algunos años, cuando ha relatado su experiencia, lo ha hecho conectado con sus emociones, reconociendo el terror que sintió por la idea de que no iba a sobrevivir y el sentimiento de traición, ya que un conocido fue quien lo torturó esa noche con un arma, simulando dispararle.

Al pensar en cómo el contexto histórico, y esa experiencia en particular, influyó en mi papá, de adulta comprendo su dificultad para hablar de aquello y de los sentimientos de vulnerabilidad asociados, la necesidad de minimizar la violencia vivida para sobrevivir, considerando que en mi infancia recién iniciábamos una etapa de transición a la democracia. En mi ejercicio profesional, lo anterior influyó en la dificultad para abordar algunos temas, especialmente dolorosos, por temor a dañar más al otro, ya que crecí en un

contexto en que se evitaba conectar con la vulnerabilidad y se mantenía el silencio en torno a lo traumático.

Germán Morales, Psicólogo.

Cuando fue el golpe cívico militar yo tenía doce años, y lo recuerdo como un día triste, gris y doloroso.

Mi padre y mi madre, ambos eran Profesores de física de la Universidad Técnica del Estado. Mi madre volvió temprano, al igual que mis hermanos y yo, pero mi padre, que era director del Departamento de Física de la universidad, permaneció junto a las autoridades definiendo qué hacer frente al golpe mientras los tanques avanzaban hacia la UTE. Afortunadamente, mi padre volvió a salvo a la casa, y luego fue destituido de su cargo por los militares, aunque no fue exonerado ni detenido en ese momento. En la UTE muchas y muchos estudiantes, profesores, y autoridades fueron detenidas, muchas asesinadas, entre ellas Víctor Jara que trabajaba en el Dpto. de comunicaciones.

Mi familia y yo quedamos muy impactados, no sólo por el dolor y la violencia desplegada, sino porque a nuestro alrededor había algunos vecinos que celebraban el golpe. Recuerdo en especial a mi abuela paterna, muy católica, que era contraria a la Unidad Popular, respondió a quién le dijo que pusiera bandera para celebrar: “Fui contraria a este gobierno, pero nunca celebraré la muerte de nadie en mi casa”.

Todo esto me marcó para siempre, pues luego en la universidad fui dirigente estudiantil durante la dictadura, y luego como terapeuta me dediqué a trabajar en trauma con víctimas de violaciones de derechos humanos, y hoy veo con preocupación como surge el negacionismo de las violaciones de DDHH, la polarización y la ausencia de reconocimiento mutuo.

Ps. Tania Montero

Para el 11 de sept/73 no estaba en proyecto. Mi padre, un militante del partido comunista, debió salir junto a mi madre al exilio, de lo contrario iba a ser silenciado. Llegaron a Alemania oriental, en donde yo nací 2 años después. Mi niñez fue en una ciudad pequeña, Halle, para luego emigrar a Venezuela debido a la condición de salud de mi hermano. Allí viví mi pubertad y adolescencia, pero ya cargaba encima la experiencia de haber vivido en 2 continentes diferentes, sabiendo además que mi “familia” vivía en otro extremo del mundo de quienes no sabía nada. Nunca escuché de parte de mis padres historias relacionadas con la política, por lo que cuando llegué a Chile el '92, no tenía idea de qué significaba. Lo que si sabía era que no tenía una identidad clara, me gustaba decir que era “ciudadana universal”, pero la verdad es que durante mucho tiempo la busqué. Es posible que esa curiosidad me guió a interesarme en temas de psicología, tenía curiosidad de que al igual que yo, había otros que no eran, en parte, tan chilenos, pero tampoco tan alemanes. Eso de alguna manera se sentía extraño. Es así que comencé mi travesía en el descubrir mi identidad, llegando a la conclusión a mis 40 y tantos de que la familia no es la sanguínea, sino más bien ésta se construye con las personas que marcan. De mi carrera profesional me inicié en la psiquiatría, quizá para comprender por qué se produce ese

quiebre con la realidad, para pasar luego a interesarme en la terapia familiar, la cual practico hoy día con mucha pasión.

Ps. Luis Urrutia

El 11 de septiembre marcó la vida de mis padres y desde ahí la mía. Nací en 1975, rodeado del temor y la desconfianza que la detención momentánea de mi padre y la exoneración de ambos como trabajadores del SAG, dejó tatuada en nuestra historia. Crecí entre el miedo a la muerte y la rabia reprimida, oculta tras el velo del secretismo, que sembró el quiebre de la confianza en aquellos que se suponía, debían proteger la vida de sus vecinos. En ese devenir llegué a transformarme en terapeuta, sin tener muy claro hasta dónde y cómo, aquella traumatización había influido en mi propia existencia y claramente en mi desarrollo como psicólogo. Fue en esa bruma emocional que una bella metáfora sirvió de trampolín para que desde su figura saltaran a mi conciencia aspectos claves que me han permitido aprender a olfatear, discernir y comprender mejor a aquellos que sufren desde la sordera del secreto, desde la angustia de la ambivalencia y la discordancia que se erige potente en las experiencias de maltrato, negligencia o abandono. Desde esa metáfora, pude ver mejor cómo la rigidez de la intolerancia generaba autoreproche, autocastigo y sobre exigencia, dejando escaso margen para el despliegue de la compasión, la acogida y la compañía. Así entonces, hoy a 50 años del quiebre nacional, mi ser terapeuta está más disponible para ayudar a otros a quebrar historias de dolor y sufrimiento, para acompañarles a escribir, dibujar o pintar nuevas y mejores historias de reparación y sanación.

Ps. Ana Henríquez

Mi nombre es Ana Elizabeth Henríquez Merino, 47 años, hija de madre y padre presos políticos y sobrina de DDDD.

Nací, en plena dictadura, en el año 1976, a dos años de que mi tío Pedro Merino Molina de 20 años fuera detenido y desaparecido, por lo tanto nunca tuve la posibilidad de conocerlo física y personalmente; en medio de un trauma y un duelo que luego de los años me he dado cuenta, que nunca ha podido ser elaborado. En ese entonces mi familia materna, estaba centrada específicamente y particularmente en encontrar a mi tío, en las condiciones que fueran. Aún siempre albergando la esperanza y el anhelo de encontrarlo con vida. Bueno, eso nunca se concretó hasta el día de hoy, dado que nunca han encontrado su cuerpo y por tanto nunca hemos podido realizar una ceremonia de despedida.

En ese contexto nací, crecí y me desarrollé. Siendo testigo real muchas veces de allanamientos en casa de mi abuela materna, de protestas, detenciones y golpizas de carabineros a manifestantes, de detención de una de mis tías junto a su bebé de 1 año (quien es el preso político más pequeño de Chile y yo creo que del mundo), conjuntamente a ello escuchando y viendo a mi madre y a mi familia materna entristecida permanentemente, aun cuando se reían, notaba sus rostros acompañados de una pena que no se podía disimular. En el único lugar que me recuerdo haber presenciado y sentido

felicidad era en los momentos que mi madre me llevaba los días sábados a una organización llamada “PIDE”, en donde monitores nos apoyaban en la realización de diferentes actividades junto a otros niñ@s, allí pintábamos, jugábamos, y nos preparaban alimentos exquisitos, acompañados siempre de una leche con chocolate caliente.

Con toda aquella historia y mucho más...al momento de elegir una profesión, siempre estuvo muy dentro de mí, poder colaborar con la justicia social, ¿cómo hacerlo? no lo tenía muy claro; hasta que una de mis “tías sociales”, de profesión asistente social, compañera de búsqueda de mi familia materna, en mi etapa de adolescencia tuvo actitudes y comportamientos que me hicieron sentir que “quería ser como ella” así de sensible, empática y comprometida con el sufrimiento y el dolor. A los 17 años decidí estudiar psicología y nunca me he arrepentido de tan lindo aprendizaje, me ayudo a repararme y a entregar de esa reparación un poquito a otros niños, niñas y jóvenes que al igual que yo, necesitados de cariño, contención y apoyo. Trabajo en educación, en un colegio de alta vulnerabilidad psicosocial hace 18 años, probablemente no con la problemática de una dictadura a cuestas, pero sí con el dolor y muchas veces el trauma, de la violencia estructural que dejó el modelo económico implementado por la dictadura.